

**Pregón de las Fiestas
celebradas en Villaescusa de Haro
por los *idus* de agosto de 2006,
en honor de la Virgen del Favor y de la Ayuda**

Hasta Villaescusa de Haro,
lugar de rancio abolengo
tan recamado de piedras
como surtido de quesos;
tan aliñado de historia,
nobleza y cristianos viejos
que alumbra niños con mitra
como otros crían conejos,
y en lugar de cantar nanas
a sus retoños más tiernos
los mece entre gregorianos
para que no salgan legos;
tan mimado de Atenea,
de Minerva tan dilecto
que tiene Universidad
con un único sujeto
que es, en sí mismo, rector,
bedel, alumno y maestro
(mi amigo Adolfo Martínez,
este Cicerón manchego
que labra con libros libres
los surcos de estos terrenos,
e igual enseña a guisar
una liebre en el caldero
que a descifrar los latines
de San Juan Nepomuceno,
o a buscar, entre el rastrojo,
algún putón verbenero...);

a Villaescusa –decía,
digo y seguiré diciendo

mientras me preste atención
este auditorio selecto
que ya empieza a amodorrarse
por el rollo macabeo
que estoy soltando, o tal vez
por el implacable efecto
del tempranillo, que lleva
desde temprano corriendo—,
hoy, vecinos y comadres,
artesanos y labriegos,
ganapanes y alguaciles,
chorizos y picoletos;
mozas, señoras, ancianas,
niños, adultos, abuelos;
naturales y foráneos,
merengues y colchoneros;
manchegos y castellanos
(o castellano-manchegos);
maestros y colegiales,
eruditos y catetos;
devotos de San Isidro
o a la Virgen más propensos,
o tal vez al Santo Cristo
de la Expiración adeptos;
sacristanes, monaguillos,
curas de misa y puchero,
párrocos y capellanes
de la Iglesia de San Pedro;
mozos que os constituís
en Comisión de Festejos
y, entre ajustes del programa,
vais pellizcando sin miedo
con una mano a las mozas
y con la otra, al presupuesto;
Reinas y Damas de Honor
cuyos palmitos esbeltos
llenan de satisfacción
las calles del pueblo entero

y hacen que, en la Comisión,
se alce, orgulloso, algún miembro;
mercaderes del mercado,
concejales del Concejo,
escolares de la escuela,
beatas del beaterio,
agricultores del agro,
pastores del pastoreo,
puteros del puticlub
y monjas del monasterio;
fuerzas vivas del lugar
y muertas del cementerio,
y Autoridades locales
que autorizáis este evento
y me otorgáis la palabra
y me honráis como vocero
sin saber que estáis nombrando
a un pirómano, bombero...;

hoy, insisto, me he llegado
—como os venía diciendo
a todos los susodichos
y a quien quede en el tintero—,
hasta Villaescusa de Haro
con el sopor agosteño,
a soltar este pregón,
catar vuestro vino añejo,
holgarme en las zarabandas
de los bailes nocherniegos,
probar algo de matanza,
echar —si aún valgo— los tejos
a alguna zagala en puntas
que entre al trapo que le tiendo,
emborracharme despacio,
desperezarme muy presto,
mear —no sé si a hurtadillas—
en la tapia del convento,
pasar por la ventanilla

de este regio ayuntamiento,
presentar mis honorarios,
cobrar..., y salir corriendo
(como alma que lleva el diablo,
como vaca sin cencerro,
como enemigo que huye,
como galán satisfecho,
como pollo sin cabeza
o como pícaro hambriento
que, capturado el botín,
tomar las de Villadiego;
como mejor os parezca
pero corriendo..., ¡corriendo!,
si es a galope tendido
mejor que a paso ligero).

Alcalde, ¿por qué se os muda
la color en ese gesto
que hace bien poco lucía
tan jovial como sereno?;
Ediles, ¿ya no reís
las gracias al pregonero,
ni celebráis sus donaires,
sus chanzas y pitorreos?
Mozos, ¿qué hacéis rellenando
el pilón del lavadero
y haciendo acopio de cantos,
tomates pochos y huevos?
Adolfo, ¿por qué reniegas
de este tu amigo indiscreto
y, fingiendo que me ignoras,
miras, cabizbajo, al suelo?
Señores ¿a qué este asombro,
este amargo desconcierto,
este hacerse tantas cruces
por lo que todos sabemos?
¿Acaso es novedad grande
o importuno atrevimiento

Nadie podrá hacer justicia
—aunque ponga sumo esmero
en aquilatar su estilo
al esplendor del objeto—
a la sobriedad compacta
de ese Pósito longevo
cuya imponente fachada
protege con justo celo
la inesperada riqueza
del artesonado excelso
con que su preclaro artífice
quiso prestigiar su techo.
Ningún pregonero al uso
—y yo, desde luego, menos—
tendrá la palabra exacta
ni el vocablo pinturero
para pintar la silente
grandiosidad del convento
de las madres Justinianas,
en cuya Iglesia, por dentro,
ese Santísimo Cristo
de la Expiración, con duelo,
muestra a quien se acerca humilde
a consolarse en su ejemplo,
la serenidad precisa
en el tránsito postrero.
Y los mensajes callados
de aquellos muros decrepitos
que antaño fueron refugio
de Dominicos severos,
¿quién se atreverá a cifrarlos
en papeles volanderos,
si con su elocuente ruina
y el quebranto de sus restos
cuentan, con lenguas de piedra
y signos de musgo seco,
a quien se para a escuchar,

con detalle y con acierto
siquiera una cuarta parte
de la hondura y el misterio
de estas piedras centenarias,
de estos edificios pétreos,
de estas calles y estos campos
que piden, mejor que el huero
decir de un pregón manido,
reflexión en el silencio,
contemplación emotiva,
meditación y sosiego?
¿Qué Demóstenes de hogaño,
qué Quintiliano moderno,
qué Castelar de este siglo
ya vigésimoprimerio
sabría dar con el tono,
la prosodia y el acento
de una voz capaz de hablar
reproduciendo los ecos
con que llama a recogerse
la campana de San Pedro?

Nadie, sin duda, podría
reflejar con los trebejos
pobres, los viejos recursos,
y los sobados enxiemplos
que la retórica al uso
autoriza a un pregonero,
la riqueza de matices
de ese retablo soberbio
que en la sagrada Capilla
de la Asunción, luce espléndido,
mostrando el astral camino
del gótico al plateresco,
bajo ese casco estrellado
cuyos bien templados nervios
compiten con la firmeza
de la bóveda del Cielo.

en la abstracción de su texto,
el esplendor y la gracia
de este cabal monumento
que es Villaescusa de Haro
por de fuera y por de dentro?
Pues ya os digo yo que no,
y, a mayor abundamiento,
de mí bien puedo afirmar
—yendo a mi caso concreto—
que ni sabría expresar
lo inefable en estos versos,
ni, aunque pudiera, osaría
a hacer el menor intento;
pues, aunque me sé atrevido,
deslenguado y desenvuelto,
¿quién soy yo para encomiar
los tesoros manifiestos
con que esta villa de marras
maravilla al mundo entero?
¿Cómo puedo pretender,
con mi cortedad de ingenio,
mi balbuciente elocuencia
y mi emputecido estro,
enaltecer vuestras piedras,
celebrar vuestros cerebros,
glorificar a esta Virgen
que os ampara desde el cielo
—y cuyo Favor y Ayuda
fervorosamente ruego
para salir triunfante
del trance en que me habéis puesto—,
festejar vuestra cocina,
alabar los vinos vuestros,
encarecer vuestros ritos
y honrar a vuestros ancestros?
Yo, que a fuer de hombre mortal,
tan endeble como necio,
tengo más culpas encima

sus centenarios secretos?

No seré yo, pues, quien turbe
con la hosquedad de mi verbo,
la paz de la Casa Grande,
la quietud del lavadero,
o la serena hermosura
de la Plaza y sus linderos;
¿pues cómo me iba a atrever
a reducir al pequeño
y pobre mundo cerrado
de este vano palabreo
lo que es elogio al espacio,
canto al equilibrio austero,
celebración de la luz
y paz bajo el cielo abierto?
Y de esa fuente romana
—que, impasible al justiciero
agravio del sol, del frío,
de la lluvia y de los vientos,
resiste con altivez
a la vera del sendero,
aplazando la sentencia
inexorable del Tiempo,
para dar la bienvenida
o despedir al viajero...—,
de esta fuente sobria y triste
¿qué virtudes glosar puedo
yo, que por mi condición
de buey tirando a cabestro
estoy más acostumbrado
a usar el abrevadero?

Y llegados a este punto,
Señores, de nuevo inquiero:
¿En verdad dais en creer
que haya orador o coplero
capaz de plasmar con tino

mas ni a cantar lo divino,
ni con lo humano me atrevo;
porque a ver cómo podría
glosar en su justo término
la magnitud, el valor,
la discreción y el talento
de ese copioso aluvión
de ilustres villaescuseros
que en libro de la Historia
están, desde antaño, expuestos
(como don Diego Ramírez
de Haro, doctor egregio,
ducho en Teología y Cánones
y maestro y consejero
de aquella pobre heredera
que enloqueció sin remedio
antes de dar a su vástago
las riendas de un nuevo Imperio;
o don Sebastián Ramírez
de Fuenleal, que hasta México
llevó el amor, la equidad,
la fe y el recogimiento
y la paz episcopal
que mamara en estos predios;
o el insigne licenciado
e ilustre varón discreto
Gil Ramírez de Arellano,
que se sentó en el Consejo
de la Mesta, y educó
a don Felipe Tercero;
o el benemérito Padre
Gabriel Vázquez, tan experto
en materia filosófica
como en teologales cuentos,
que fue destinado a Roma
por sus incontables méritos
y, entre la grey jesuítica,
fue de todos el primero

y más pecados confesos
de los que amasaron juntos
Judas, Mahoma y Lutero,
¿voy a tener la osadía
y el descarado deshonesto
de comparecer aquí
y con voz de fariseo
publicitar los milagros
de la Patrona del pueblo?
Yo, que tanto juro en vano,
que tanto injurio y ofendo,
que ultrajo a todos los santos,
a la Iglesia vilipendio,
y por gusto y de continuo
mortifico al Nazareno
con gracias irreverentes
y un sinfín de sacrilegios;
yo, que abjuro y apostato,
yo, que maldigo y blasfemo
más que setenta truhanes
enredados en un duelo
a las tapias del burdel
y bien cocidos de ajenjo;
yo, a quien llamó en un romance
“galán, poeta y putero”
mi amigo Félix Dativo
—ese sabio belmonteño
de quien muchos de vosotros
sois discípulos directos—;
¿voy a poner en mi sucia
boca de truhán artero,
en mi lengua viperina
de agitador pendenciero,
la loa a la Colegiata
o a las ruinas del convento?

Pues no, Señores. Perdón,
si incumplo el trato con ello,

pues, si no fallan mis cuentas,
en Villaescusa han abierto
los ojos al sol, catorce
obispos, y no me atrevo
a registrar las andanzas
y logros de todos ellos,
pues de este pregón de agosto
haría bando de Año Nuevo.

Y, si no hablo de difuntos,
si no quiero hablar de muertos,
cuánto mejor es que calle
sobre vivos y despiertos;
porque la réplica airada
de los finados no temo;
pero el estacazo justo
o el mamporrazo certero
de algún noviete escamado
o algún marido molesto
son siempre más contundentes
y descalabran más presto
que todos los maleficios
de la región de lo etéreo.
Pensaba, por cortesía,
clausurar este indigesto
elogio de la locura
que es ya un tocho mamotreto,
con la obligada mención
al sinfín de rostros bellos
que dan fama a Villaescusa
entre el femenino elenco
de las mujeres machegas
(de por sí, de gracias pleno);
iba, pues, a derrochar
los epítetos más tiernos,
los adjetivos más dulces
y los más finos conceptos
sobre la Reina y las Damas

en dar al probabilismo
forma, consistencia y crédito;
o Luis Astrana Marín,
filólogo de altos vuelos,
sideral por su principio
y batracio por su término,
como dijo de él don Dámaso
con ingenio chocarrero,
al no poder criticar
sus aciertos académicos...).

Acerca de estas figuras
—y otras tantas que me dejo
fuera de esta relación,
aunque provoque con ello
intensificar la inquina
y acrecentar el cabreo
de esos profetas de Adolfo
que fruncen, con ira, el ceño—,
de todos ellos, decía,
antes callar que hablar debo,
pues no tengo dignidad,
ni agudeza, ni gracejo
para ponderar con tino
la altura de su intelecto,
la fuerza de su carisma
y la virtud de su ejemplo.

Perdonen, pues, Gil Ramírez,
Diego Ramírez Sedeño,
Antonio Ramírez de Haro,
y don Alonso Granero,
y Pedro Carlos Ramírez
y el resto de píos clérigos
que, naturales de aquí,
en sus respectivos tiempos
el hábito episcopal
honrosamente vistieron;

de Honor que pueblan su séquito...;
pero más vale que calle
discretamente, que habiendo
—como hay en este punto—
honor y damas por medio,
cuando no meto la pata
meto baza, meto el cuevo,
meto miedo, meto prisa,
arremeto y me entrometo
y, con tal de meter algo,
sea lo que sea meto.

¡Benditas Damas de Honor
y benditas, desde luego,
aquellas otras que muestran
con cálido desenfreno
que, sin dejar de ser damas,
el honor les trae al fresco!
(porque yo, que soy de barrio
—y aun diré barribajero—
las prefiero sin honor,
o con el honor “maltrecho”,
y el salvohonor —que es el culo
en la lengua de Quevedo—
generoso y respingón,
redondo, macizo y prieto).

En fin, que ya me deslizo
y de nuevo me despeño
por la pendiente del vicio,
por la cuesta del exceso,
por la que lleva a pecar
contra el sexto mandamiento.
Se ve que el toro va al trapo,
que el lobo mata al cordero,
que la cabra tira al monte
y que yo jamás me enmiendo
por más que el Favor, la Ayuda
y otros celestiales premios

vierta sobre mí la Virgen,
como inmerecido obsequio.
Así que mejor me callo,
y mis suburbios me vuelvo,
no sin antes invitaros
a gritar a pulmón lleno:
¡Viva Villaescusa de Haro!,
¡Vivan la villa y sus fueros!,
¡Vivan sus catorce obispos
(y a ver si nace uno nuevo,
pues si llegamos al quince,
conseguiremos el pleno).
¡Vivan las gentes de aquí!
¡Viva Ramírez (don Diego)!
¡Viva la Virgen que honramos
con estos magnos festejos!,
¡Viva Castilla La-Mancha
y su genio quijotesco!
¡Viva el pueblo, y que le den
tres cuartos al pregonero!

Madrid,
14 de agosto de 2006.